

LA SOMBRA DE ANTÍGONA:

a
propósito
del
confinamiento
y
pandemia¹

«No cabe duda de que la salud es un derecho universal, pero no es el único. Morir en condiciones dignas, por ejemplo, no se le debería negar a nadie».



ALBERTO ROSS

No son pocos los fantasmas que recorren el mundo en estos tiempos y, sin duda, uno de ellos es el de Antígona. Su espíritu pasea por hospitales, casas, avenidas y, en general, por todos los espacios en los que transcurre la vida cotidiana. Antígona, según nos cuenta Sófocles, desafió al rey Creonte quien había prohibido que se le diera sepultura a su hermano Polinices, muerto en una batalla. La joven desobedeció la orden y decidió darle un tratamiento digno al cadáver, aunque supiera que esa decisión traería consigo un castigo para ella por el desacato a las leyes humanas. Desde entonces, el mundo debe a Sófocles una representación muy bien lograda de las tensiones inherentes a nuestras relaciones con el poder, las leyes, la familia y la muerte. No es casualidad que Antígona sea una de las obras de teatro más representadas de la historia.

Si miramos los acontecimientos de los últimos meses, parece que la sombra de Antígona se posa sobre distintos países alrededor del mundo. En especial, cuando las medidas sanitarias adoptadas por los Estados no permiten una despedida digna para nuestros muertos. Apareció primero en China y después se extendió por otros países de Asia, hasta llegar a Europa, Estados Unidos y, finalmente, a Latinoamérica. Ha tocado varios sitios y a su paso va haciendo contacto también con nuestras conciencias. Su sombra parece que nos ha cubierto a todos y nos inquieta frente a las prácticas que se han ido instalando alrededor del mundo.

LA PANDEMIA, LOS PROTOCOLOS Y EL CONFINAMIENTO

Desde el inicio de la pandemia por la que atravesamos y hasta principios de agosto se han infectado más de diecinueve millones de personas y han fallecido, desafortunadamente, más de setecientos mil. Todos con un rostro, un nombre y, en muchos casos, un protocolo que los ha acompañado hasta el último de sus días. El virus no ha discriminado por edad, raza, sexo o religión. Tampoco distingue entre el heroísmo y la frivolidad. La práctica de la medicina o la enfermería han sido la causa por la que muchas personas se han contagiado. Otras más, lo hicieron en un parque o en una fiesta clandestina. A este escenario desolador hay que añadir, además, todas las medidas que se han implementado cuando una persona es contagiada y presenta síntomas graves. En todos los casos, el protocolo recomendado es el mismo: el aislamiento antes y, si fuera el caso, después de morir.

No cabe duda de que la salud es un derecho universal, pero no es el único. Morir en condiciones dignas, por ejemplo, no se le debería

negar a nadie. Tampoco debemos obviar tan fácilmente la importancia de darle un tratamiento digno al cuerpo de quien ha fallecido.

Si bien la comunidad científica coincide en que las personas infectadas deben ser aisladas y es prácticamente imposible proponer algo distinto para contener la ola de contagios, esto no es una panacea. También hay otras necesidades básicas que procurar y que, en ocasiones, pueden entrar en tensión con otros principios. Desde luego, conciliar todos los derechos y las necesidades de las personas no siempre es fácil, pero ese no es motivo para evadir el tema.

LOS DERECHOS EN TENSIÓN

Todas las culturas tienen rituales alrededor de la muerte, aunque la gran mayoría de ellos son impracticables en estos momentos por las medidas de seguridad promovidas por los sistemas de salud. Hemos sido testigos del cierre de cementerios y de restricciones en las agencias funerarias. Incluso, hemos visto pistas de hielo convertidas en morgues o cadáveres abandonados en la calle. Un cuadro difícil de asimilar. De ahí, nuestra cercanía y empatía con Antígona. Dejar a un ser querido en la puerta de un hospital, no volver a verlo nunca, recibir sus cenizas en una caja y después seguir confinado como si nada hubiera pasado no es una opción razonable, ni humana. Necesitamos ver el presente desde un horizonte más amplio. No necesariamente para promover la desobediencia civil, pero sí para mirar y atender otras necesidades también básicas para la vida.

Todos sabemos que el día que alguien muere no es una fecha cualquiera para las personas que se ven afectadas por la pérdida. El tiempo cotidiano salta a otra dimensión de la temporalidad desde la cual todo lo cotidiano parece superfluo y hasta trivial. Es un día en el que nos despedimos de quien ha partido para siempre de este mundo y, además, recordamos nuestra propia finitud.

En los últimos meses, hemos visto escenas realmente tristes. Los hermanos, como en Antígona, son separados. Los abuelos están confinados. Las madres y los padres no pueden visitar a sus hijos. Los esposos son separados en los hospitales como si la pandemia apelara al acuerdo previo de estar juntos hasta que la muerte los separe. No es un tema menor. Repito, si bien la medida del confinamiento tiene soporte científico, dicho fundamento no hace menos trágica la situación para las personas contagiadas y sus seres queridos. En especial, cuando el desenlace de la hospitalización es funesto.

Hay que aceptar que no podremos reunirnos para despedir o para llorar a nuestros muertos como quisiéramos por un buen



tiempo. Tampoco podremos abrazar a todas las personas queridas que sufren una pérdida a menos de que estemos confinados con ella. Sin embargo, la necesidad de nuevos rituales para despedirnos de las personas que amamos o para acompañar a quienes pasan por el trance de esas pérdidas durante el confinamiento estará presente por todas partes.

RECONSTRUIR EL MUNDO

El 10 de mayo pasado, como si estuviéramos en una guerra, hubo madres que perdieron a sus hijos. Conozco a una de ellas y me parece que la pandemia le debe algo. Tiene más de ochenta años. No supo de inmediato que su hijo había fallecido, pues los familiares querían encontrar las palabras para decírselo. Esas que nunca encontramos. Ella sabía que su hijo estaba hospitalizado a causa del virus, así que su familia no podía retrasar demasiado el aviso de la noticia. No es difícil imaginar el gran dolor y el duelo que siguió a este anuncio.

Una semana después de lo ocurrido, la familia organizó una sesión por videoconferencia para despedirse del hijo, del esposo, del padre, del tío y del hermano. Nunca se lo hubieran imaginado:

no podemos olvidar que los cuerpos de los difuntos merecen ser tratados con respeto y quienes sobrevivan a esta pandemia necesitarán un espacio y un tiempo para vivir sus duelos.

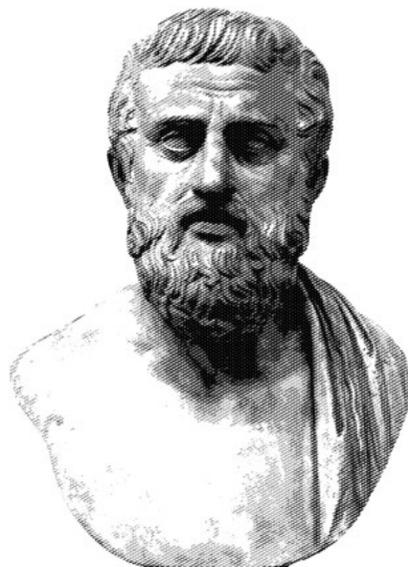


Antígona frente a Polinices
Nikiforos Lytras (1832-1904). Óleo sobre tela, 1865.
La Galería Nacional – Museo Alexandros Soutzos, Atenas, Grecia.

una despedida virtual. Sin embargo, tampoco podían continuar sus vidas como si todo siguiera igual. En esa sesión de despedida compartieron fotos, recuerdos y se abrazaron a la distancia. Crearon un ritual para su duelo, porque no hacerlo sería inhumano.

Las personas tienen derecho a vivir sus últimos momentos con dignidad y en paz. Hay

varias iniciativas alrededor del mundo que han tratado de que así sea, pero todavía tenemos un largo camino por recorrer. Además, no podemos olvidar que los cuerpos de los difuntos merecen ser tratados con respeto y quienes sobrevivan a esta pandemia necesitarán un espacio y un tiempo para vivir sus duelos. La salud, sin duda, es un bien básico, pero también tenemos otras necesidades esenciales para todos. Algunas, por cierto, están más allá de lo físico y trascienden de algún modo a esta vida. La muerte de una persona no implica desligarse de ella para siempre y la larga tradición de rituales alrededor de la muerte presentes en todas las culturas es signo de ello. Como bien dijo Simeón de Tesalónica, frente a la muerte de una persona «se canta por su partida de esta vida y por su separación, pero también porque existe una comunión y una reunión...» (*De ordine sepulturae*, 367). </>



El mundo debe a Sófocles una representación muy bien lograda de las tensiones inherentes a nuestras relaciones con el poder, las leyes, la familia y la muerte.

¹ Una versión más breve de este texto apareció previamente en mi columna *Acentos* dentro del portal <https://oscarMariobeteta.com/> bajo el título: «La sombra de Antígona: a propósito del confinamiento y pandemia»



El autor es doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra. Posdoctorado en la Universidad de París IV-Sorbonne. Miembro del SNI de CONACYT. Vicerrector de Investigación de la UP.

istmo



istmotalk

Disponible en nuestro sitio, te ofrece contenidos en formato
webinar y podcast.

No te pierdas las primeras temporadas:

- **Transformación digital**
- **Elige tu mindset**
- **El poder de las épocas difíciles**
- **Negocios con impacto social**

Conoce más en: <https://www.istmo.mx/istmo-talks/>

